

Introducción histórico-litúrgica

La conmemoración de los fieles difuntos ya aparece en el siglo IX, en continuidad con el uso monástico desde el siglo VII de consagrar un día a la oración por los difuntos. Antes ya, Amalario ponía la memoria como lógicamente sucesiva a la de los santos que ya estaban en el cielo, aunque ignoraba la fiesta del 1 de noviembre. Sólo con el abad san Odilón de Cluny esta fecha del 2 de noviembre fue dedicada

a la conmemoración de todos los fieles difuntos; ya san Agustín alababa la costumbre de rezar por ellos incluso fuera de sus aniversarios, precisamente para no olvidar a aquellos que no gozan de sufragios. La difusión de esta memoria durante el siglo XIV en Roma fue completada en el siglo XV por los dominicos de Valencia con el uso de celebrar tres misas (como en navidad) para satisfacer todas las demandas de sufragios.



Este uso fue extendido después por Benedicto XV en 1915 a la Iglesia universal, en consideración a los muertos de la primera guerra mundial, dotándolo de un prefacio propio tomado del misal parisiense (de 1738) y elevándolo a fiesta de primera clase, pero sin precedencia sobre el domingo. Tal precedencia, en cambio, fue establecida en 1969 en clave de plegaria que incluye la fe en la comunión de los santos, con textos reformados en sentido explícitamente pascual; por eso es lógica la renuncia a la secuencia del «Dies irae», no suficientemente en consonancia con esta nueva perspectiva.

De conformidad con las indicaciones de la constitución *Sacrosanctum concilium*, sobre la sagrada liturgia («la liturgia de los difuntos debe expresar más claramente el carácter pascual de la muerte cristiana», n. 81), los textos de la misa son renovados con la añadidura de otros cuatro prefacios, cuyos títulos son: Cristo, muerto para vida nuestra; Cristo, salvación y vida; de la vida terrena a la vida celestial; nuestra resurrección por medio de la victoria de

Cristo. Además se ha impuesto la abolición de formularios en los que la angustia ante el terrible juicio de Dios había oscurecido la intensidad de la fe en la resurrección, de la que no se hacía mención.

a) En la *colecta* del primer formulario se pone en relación la fe en el Cristo resucitado con la confirmación de la esperanza en espera de la resurrección.

b) En la *oración sobre las ofrendas* se afirma el misterioso contacto con nuestros muertos, elevados a la gloria de Cristo, porque nosotros estamos unidos desde ahora a él en su gran sacramento eucarístico.

c) En la *oración después de la comunión* se evidencia el carácter pascual de este sufragio, porque pedimos a «Dios todopoderoso que nuestros hermanos difuntos, por cuya salvación hemos celebrado el misterio pascual, puedan llegar a la mansión de la luz y de la paz».

La actualización de esta memoria nos la ofrece, en el oficio de lectura, san Ambrosio en el libro sobre la muerte de su hermano Sátiro: «Debemos irnos acostumbrando y disponiendo a morir, por este esfuerzo cotidiano que consiste en ir separando el alma de las concupiscencias del cuerpo, que es como ir sacando fuera del mismo para colocarla en un lugar elevado, donde no puedan alcanzarla ni pegarse a ella los deseos terrenales, lo cual viene a ser como una imagen de la muerte, que nos evitará el castigo de la muerte». Es interesante, por fin, notar que el responsorio de esta lectura patristica tiene como versículo el mismo texto de Mt 13,43 («Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre»), que se lee como antifona del *Benedictus* en laudes en la fiesta de todos los santos. Es el enlace entre los ciudadanos del cielo, que ya resplandecen de gloria, con los difuntos, cuya entrada definitiva en el cielo aún desconocemos, y que por ende recomendamos a Dios en el sufragio. (Texto de E. Lodi, o.c., p. 448s)

Reflexión espiritual de Benedicto XVI

En mi encíclica sobre la esperanza cristiana, me interrogué sobre el misterio de la vida eterna (cf. Spe salvi, 10-12). Me pregunté: la fe cristiana, ¿es también para los hombres de hoy una esperanza que transforma y sostiene su vida? (cf. ib., 10). Y más radicalmente: ¿desean aún los hombres y las mujeres de nuestra época la vida eterna? ¿O tal vez la existencia terrena se ha convertido en su único horizonte?

En realidad, como ya observaba san Agustín, todos queremos la «vida bienaventurada», la felicidad; queremos ser felices. No sabemos bien qué es y cómo es, pero nos sentimos atraídos hacia ella. Se trata de una esperanza universal, común a los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares. La expresión «vida eterna» querría dar un nombre a esta espera que no podemos suprimir: no una sucesión sin fin, sino una inmersión en el océano del amor infinito, en el que ya no existen el tiempo, el antes y el después. Una plenitud de vida y de alegría: esto es lo que esperamos y aguardamos de nuestro ser con Cristo (cf. ib., 12).

Renovemos hoy la esperanza en la vida eterna fundada realmente en la muerte y resurrección de Cristo. «He resucitado y ahora estoy siempre contigo», nos dice el Señor, y mi mano te sostiene. Dondequiera que puedas caer, caerás entre mis manos, y estaré presente incluso a las puertas de la muerte. A donde ya nadie puede acompañarte y a donde no puedes llevar nada, allí te espero para transformar para ti las tinieblas en luz. Pero la esperanza cristiana nunca es solamente individual; también es siempre esperanza para los demás. Nuestras existencias están profundamente unidas unas a otras, y el bien y el mal que cada uno realiza también afecta siempre a los demás. (2-11-2008)